

La Iniciación Cristiana: un laboratorio para caminar juntos

1. Introducción: ¿Qué es un "Laboratorio de Sinodalidad"?

Imaginemos la iniciación a la fe cristiana no como un aula tradicional, sino como un dinámico laboratorio. Esta es la propuesta central para renovar la manera en que acogemos y acompañamos a las personas en su camino espiritual.

Siguiendo la visión del *Directorio para la Catequesis* (2020), se trata de transformar la iniciación en un auténtico "**laboratorio de diálogo y de sinodalidad**". Este no es un lugar de fórmulas rígidas, sino un espacio vivo donde la comunidad, en su conjunto, aprende a construir la fe de manera compartida. En este "laboratorio" se busca activamente:

- **Experimentar** nuevas formas de vivir el Evangelio.
- **Discernir** la voluntad de Dios en el presente.
- **Dialogar** abierta y honestamente.
- **Caminar juntos**, acompañándose mutuamente.

El beneficio principal de este enfoque de "catequesis-laboratorio" es que impulsa procesos profundos que conducen a una "**adhesión viva a Cristo**", respetando siempre el ritmo único de cada persona y fomentando itinerarios tanto personalizados como comunitarios.

Este modelo dinámico y participativo se propone como una alternativa a una mentalidad pastoral que ha debilitado la vida comunitaria de la Iglesia.

2. Superando un obstáculo: la "lógica de la delegación"

El principal obstáculo para una Iglesia que camina junta es la "lógica de la delegación". Este modelo consiste en no asumir la responsabilidad personal del llamado a la fe y, en su lugar, delegar la tarea evangelizadora en unos pocos "expertos", como el párroco o los catequistas.

Delegar es todo lo contrario a una Iglesia sinodal.

Esta mentalidad, profundamente arraigada, genera una división que empobrece a toda la comunidad. El siguiente cuadro compara este modelo con la propuesta sinodal:

Lógica de la Delegación (Modelo a superar)	Corresponsabilidad Sinodal (Modelo propuesto)
La tarea evangelizadora recae en unos pocos "expertos" .	Toda la comunidad cristiana asume el protagonismo en los procesos de fe.
Se debilita el tejido comunitario , base de la fe compartida.	Se fomenta una corresponsabilidad compartida para iniciar y acompañar.
Las parroquias se reducen a "dispensadoras de servicios religiosos" .	La comunidad se convierte en un espacio vivo de crecimiento en la fe.
Como consecuencia del tejido comunitario debilitado, se obstaculiza el crecimiento hacia una fe madura y adulta .	Se promueve un camino hacia una fe madura y comprometida.

La consecuencia más perjudicial de estas prácticas catequéticas equivocadas es la proliferación de **"bautizados no adheridos, meramente sociológicos, que restan credibilidad a la fe en Cristo y a lo que significa ser sus discípulos"**.

Para construir el modelo sinodal, es indispensable que cada miembro de la comunidad asuma su papel como protagonista del camino de la fe.

3. Todos somos protagonistas: las voces que construyen comunidad

Una iniciación cristiana sinodal se nutre de la participación activa de todos sus miembros, reconociendo el valor único que cada uno aporta.

3.1. El rol fundamental de la mujer

El reconocimiento y la valoración de la mujer es un pilar fundamental en este camino. Su papel en la Iglesia no puede reducirse a tareas de servicio o funciones auxiliares. Es crucial reconocer y potenciar sus capacidades para:

- El liderazgo espiritual
- El discernimiento
- La guía comunitaria

Esta visión, afirmada por documentos eclesiales clave como *Aparecida* y el *Documento final del Sínodo sobre los Jóvenes*, nos recuerda que la mujer, desde su profunda riqueza humana y espiritual, tiene el potencial de acompañar los itinerarios de fe y ser una **"voz profética de renovación pastoral"**.

3.2. *La niñez y la juventud como agentes activos*

La propuesta sinodal exige un cambio radical en la forma de ver a los más jóvenes. Es necesario superar el modelo que los considera "receptores pasivos" de contenidos, reduciéndolos a "**roles decorativos, sentimentales o moralizantes**". Debemos reconocerlos como lo que son: "**protagonistas de su proceso espiritual**".

La práctica catequística debe renovarse con urgencia para que cada niño, niña y joven sea escuchado, valorado integralmente y acogido como un agente capaz de interpretar, expresar y vivir su fe. Es imperativo crear ambientes donde se respete su derecho a "**participar activa y creativamente en la vida eclesial**", fomentando su madurez y autonomía progresiva.

Este protagonismo individual se enriquece y multiplica cuando se pone en diálogo con la experiencia de otras generaciones.

4. Tejiendo lazos: el poder del encuentro intergeneracional y universal

La iniciación como laboratorio sinodal va más allá de acompañar a cada grupo de edad por separado; busca activamente crear "**caminos intergeneracionales**". En estos espacios, todos los miembros de la Iglesia —con sus diversos ministerios, carismas y edades— son escuchados, aprenden unos de otros y se enriquecen mutuamente con su vivencia espiritual.

En estos encuentros, "**la experiencia y la sabiduría de unos se entrelazan con la creatividad y el impulso de otros**", generando una comunidad más fuerte y unida.

Además, la iniciación cristiana debe superar la "**mirada parroquialista**". El objetivo es generar espacios de aprendizaje entre personas que se inician en la fe en diferentes diócesis y contextos. Esto se logra a través de encuentros facilitados tanto **en el mismo territorio como en contextos digitales**, fomentando así una visión de Iglesia más amplia, que se reconoce como **diocesana y universal**.

Este enfoque integral, donde todos participan y se enriquecen, convierte el proceso de iniciación en una experiencia transformadora para toda la comunidad.

5. Conclusión: una escuela permanente de comunión

Cuando la iniciación cristiana se vive como un verdadero laboratorio sinodal, los resultados trascienden la preparación para los sacramentos. El experimento de "caminar juntos" da como fruto el mayor de los descubrimientos: la comunidad misma se transforma en una "**escuela permanente de comunión y misión**".

Este modelo, donde "cada miembro aporta y recibe", no solo revitaliza la vida interna de la Iglesia, sino que también fortalece su testimonio, haciéndolo más creíble y luminoso en medio del mundo.